

CARTA A DON MIGUEL DESDE LA NIEBLA, de A. Pérez
o Cómo se hace un ensayo de Unamuno

Con prólogo, glosas y redacción de Ignacio María Iglesias Labat

PRÓLOGO

[EN QUE SE JUSTIFICA EL TÍTULO DEL ENSAYO, SE EXPLICA SU INTENCIÓN Y SU FORMA, Y SE INICIA LA EXPOSICIÓN DE LA FILOSOFÍA UNAMUNIANA]

Este título, y lo que inequívocamente anuncia respecto de la forma y el contenido del presente ensayo, parecen doblemente pretenciosos. Por una parte, el trabajo se presenta como una carta firmada por quien, según las apariencias, no parece ser sino un personaje del propio Unamuno, y no precisamente un personaje cualquiera, sino el protagonista de su nivola más conocida; por otra parte, el título alternativo parafrasea, asimismo, un curioso ensayo novelístico, o novela ensayística, de Unamuno, de carácter autobiográfico y confesional, obsesivamente autorreflexivo, intensamente dramático.

Le debo esta seria objeción, la de la doble pretenciosidad, a mi atento y estimado colega Simón Royo, cuyas juiciosas apreciaciones y sano sentido común no dudo sean compartidos por una mayoría de filósofos y pensadores dignos de tales calificativos. Me veo, pues, en la obligación de rebatir las dos posibles acusaciones de desmedida pretenciosidad.

Empezaré refutando la última, para, a partir de ella, concluir que tampoco la primera está justificada; o concluir, al menos, que, si ambas acusaciones tienen razón de ser, es decir, si ambas partes del título son pretenciosas, resultan las suyas en todo caso unas pretensiones *justificadas*.

La última parte del título, *o Cómo se hace un ensayo de Unamuno*, no pretende prescribir cómo debería elaborarse todo ensayo acerca de Unamuno, del mismo modo que el ensayo cuyo título parafrasea no se propone dictaminar cómo debe hacerse toda novela, sino tan sólo esa singular novela autobiográfica cuya forma y meollo consisten en el relato de cómo se va haciendo.

Ocurre, pues, que este ensayo sólo puede escribirse, por su aliento e intenciones, en la forma en que ha sido escrito: como una carta personal, dirigida a Unamuno por su criatura más desgraciada, aquella a la que precisamente él dictaminó y le anunció la hora de su muerte. Este recurso

literario permite escribir el ensayo de cómo hacer este ensayo con la pasión contradictoria que exponer la obra de Unamuno requiere en este caso, y quizá en todo caso, pues tomarse en serio las proposiciones de Unamuno supone explicarlas contestando a ellas a la vez, desde una posición apasionada a la par que rebelde y crítica.¹

Y es que, realmente, no le veo demasiado sentido a empeñarse en llevar a cabo una exposición ordenada y sistemática –fría y racional– de sus ideas: “No le gustaría que en un estudio consagrado a él se hiciera el esfuerzo de analizar sus ideas. De los dos capítulos de que se compone habitualmente este género de ensayos –el Hombre y sus ideas– no logra concebir más que el primero. La ideocracia es la más terrible de las dictaduras que ha tratado de derribar. Vale más en un estudio del hombre conceder un capítulo a sus palabras que no a sus ideas.”² A lo que replica Unamuno: “Dice luego Cassou que yo no tengo ideas, pero lo que creo que quiere decir es que las ideas no me tienen a mí.”³

Y es que Unamuno siempre renegó, y aún abominó, de las ideas rígidas, enquistadas en la conciencia en forma de sistemas; y esgrimió su derecho a usar ideas, gastarlas y cambiarlas por otras, así como su prerrogativa, y aún obligación moral, de contradecirse.⁴ Porque “la incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el misterio de nuestro final destino, la desesperación mental y la falta de sólido y estable fundamento dogmático, pueden ser base de moral”; y lo son, de hecho, en el caso de Unamuno: “Es la contradicción íntima precisamente lo que unifica mi vida, le da razón práctica de ser. O más bien es el conflicto mismo, es la misma apasionada incertidumbre lo que unifica mi acción y me hace vivir y obrar”.⁵

¹ El propio Unamuno nos dice a sus lectores: “os encargo que no se funde escuela o teoría sobre mí”, tal como hiciera Walt Whitman, el “enorme poeta yanqui”. (Cfr. *Del sentimiento trágico de la vida*, “En el fondo del abismo”.)

² Jean Cassou, “Retrato de Unamuno”, incluido en el ensayo de Unamuno *Cómo se hace una novela*, traducido al español por el propio Unamuno.

³ “Comentario” al retrato que Cassou hace de él en la *ob. cit.* en nota anterior.

⁴ “De las tiranías todas la más odiosa me es, amigo Maeztu, la de las ideas, no hay gracia que aborrezca más que la ideocracia, que trae consigo, cual obligada secuela, la ideofobia, la persecución, en nombre de unas ideas, de otras tan ideas, es decir, tan respetables o tan irrespetables como aquellas. Aborrezco toda etiqueta; pero si alguna habría de ser más llevadera es la de ideoclastas, rompe-ideas. ¿Qué como quiero romperlas? Como las botas: haciéndolas mías y usándolas.” Ahora bien: “Necesario, o más bien inevitable, es tener ideas, sí, como ojos y manos para conseguirlo y que no ser tenido de ellas: No es rico el poseído por el dineo, sino quien lo posee.”

⁵ Cfr. *Del sentimiento trágico de la vida* –STV en adelante–, “El problema práctico”.

Por los motivos expuestos, con las palabras y las intenciones del propio Unamuno, me sentía descalificado para interpretar y criticar ordenada y sistemáticamente las principales tesis unamunianas. De aquí que escogiese hacer este ensayo desde un punto de vista, a mi juicio, privilegiado e interesante, aunque también arriesgado y pretencioso. Pero con la adopción de este punto de vista, y su desarrollo en la fluencia emocionada y palpitante, trágicamente vital, de un discurso de la criatura a su creador, efectuado a las puertas de una muerte forzosa y, lo que es peor, anunciada, se cumplen – pueden al menos cumplirse– varios objetivos que justifican sobradamente tanto el riesgo que se corre como la pretenciosidad que se asume. Estos objetivos son: (1) Lograr un discurso vivo, que resucite la palabra unamuniana, aunque sea contra el propio Unamuno,⁶ y al hilo de este discurso sacar el ovillo de la doctrina trágico-sentimental de Unamuno sin distorsionarla o fosilizarla. (2) Un discurso, además, efectuado desde la peculiar relación, contradictoria pero esencial, que el propio Unamuno establece entre la criatura y su creador, o el creador y su criatura; relación que debe determinarse doblemente: como relación de Dios con sus criaturas humanas, y como relación de Unamuno con sus criaturas nivolescas. (3) Por su parte, estas dos relaciones creador-criatura pueden cruzarse en el discurso de A. Pérez, subvirtiendo la autoría unamuniana, o más bien, aplicándola contra su propio autor en una crítica radical y de fondo: una crítica desgarrada, apasionada, contradictoria y sentimental. (4) El punto de vista escogido hace posible, además, la prosecución dramática de una situación novelesca, o nivolesca, con lo que este procedimiento nos acerca también a la concepción unamuniana de la vida como novela, o novela como vida, y la importancia que la lectura y la escritura tienen en esta vida humana novelada o novela humana vivida.

⁶ El propio Unamuno alienta la hechura de un discurso a contrapelo del suyo: “por lo que a mí hace, ni estoy siempre conforme conmigo mismo y suelo estarlo con los que no se conforman conmigo. Lo propio de una individualidad viva, siempre presente, siempre cambiante y siempre la misma, que aspire a vivir siempre –y esa aspiración es su esencia–, lo propio de una individualidad que lo es, que es y que existe, consiste en alimentarse de las demás individualidades y darse a ellas en alimento. En esa consistencia se sostiene su existencia, y resistir a ello es desistir de la vida eterna. Y ya ven Cassou y el lector a qué juegos dialécticos tan conceptistas –tan españoles– me lleva el proceso etimológico de ex–istir, con–sistir, re–sistir y de–sistir. Y aún falta in–sistir, que dicen algunos que es mi característica: la insistencia. Con todo lo cual creo a–sistir a mis prójimos, a mis hermanos, a mis co-hombres, a que se encuentren a sí mismos y entren para siempre en la historia y se hagan su propia novela. ¡Estar conformes! ¡Bah! (...). Cada uno se sostiene de sus contrarios.” *Cómo se hace una novela*, “Comentario” al retrato.

Por otra parte, la concepción que el propio Unamuno tiene de los personajes novelescos, y el uso que hace de ellos, en particular del caballero inmortal de la literatura española y universal, y su fiel escudero, me autorizan y legitiman para emplear este procedimiento de aproximación a la obra unamuniana: “Escribí aquel libro [*Vida de don Quijote y Sancho*] para repensar el *Quijote* contra cervantistas y eruditos, para hacer obra de vida de lo que era y sigue siendo para los más letra muerta. ¿Qué me importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí y lo que realmente puso? Lo vivo es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo, y lo que ponemos allí todos.”⁷ Pero, además, la lectura del ensayo permitirá comprobar que el respeto a la palabra unamuniana y su sentido ha sido al menos tan profundo como la libertad y, ocasionalmente, la rabia con que el personaje A. Pérez ejerce en él su derecho a la palabra escrita; y es que, en realidad, darle ocasión de hablar al personaje, aunque lo haga en contra de su autor, ha hecho posible dejar al mismo tiempo que éste muestre su palabra tal como es, sin someterla a la violencia de un hilo lógico de argumentación que el propio Unamuno, confusionista, contrarracional y antisistemático como era, no seguía. La palabra textual de Unamuno se irá citando, por lo general, en notas a pie de página, hilvanándose así con las sucesivas afirmaciones acerca de Unamuno y su doctrina que el personaje vaya haciendo, en el curso de la carta personal que dirige a su autor desde la niebla existencial.

Poco me ha de importar que A. Pérez diga cosas que el propio Unamuno no hubiera soñado poner en su boca ni en su conciencia, o que no se esperasen de él otros lectores de *Niebla*. Es evidente que A. Pérez tiene su conciencia personal e individual –más individual que personal, opinaría su autor–,⁸

⁷ *STV*, “Conclusión: Don Quijote en la tragicomedia europea contemporánea”.

⁸ Según Unamuno, “La individualidad dice más bien respecto a nuestros límites hacia fuera, presenta nuestra finitud; la personalidad se refiere principalmente a nuestros límites, o mejor no límites, hacia dentro, presenta nuestra infinitud.” (*El individualismo español*) Unamuno advierte que “opongo la individualidad a la personalidad, aunque se necesiten una a otra. La individualidad es, si puedo así expresarme, el continente, y la personalidad el contenido, o podría también decir, en un cierto sentido, que mi personalidad es mi comprensión, lo que comprendo y encierro en mí –y que es de una manera todo el Universo–, y mi individualidad es mi extensión; lo uno, lo infinito mío, y lo otro, mi finito.” (*STV*, “De Dios a Dios”) La individualidad, condición finita del hombre, se opone en el fondo a la personalidad, cualidad infinita o dimensión inconmensurable de la humanidad, porque, mientras que la primera define al “puro individuo”, incidiendo en los límites de cada ser humano (tanto de lo que es como de lo que no es), la personalidad alude al carácter social del hombre, al “nosotros” que resuena en el “yo”: la personalidad es “riqueza interior”, “sociedad en sí mismo” (Cfr. Último loc. cit., unas líneas más abajo). A. Pérez es un individuo de, incluso, destacada

incluso aunque sólo sea ésta conciencia literaria, y que su autor no tiene por qué ser –haber sido– consciente de todo lo que la conciencia de su personaje contenía, así como Dios, conciencia suprema y total del Universo, no es consciente de todo lo que se contiene en las conciencias de sus criaturas, a las que sin embargo ha creado y abarca.⁹

En fin, resumiendo: en la exposición de la filosofía unamuniana, he tratado de ser fiel así al espíritu como a la letra viva de Unamuno, pero esta exigencia de fidelidad ha determinado la forma en que este ensayo habría de desarrollarse, y de aquí la segunda proposición de su título: Cómo hacer un ensayo de Unamuno, esto es, cómo hacerlo desde mi punto de vista a la vez que desde el suyo; un ensayo, pues, tan personal como unamuniano. Dicha forma ensayística consiste en escoger el punto de vista, íntimo al propio

individualidad, por la singularidad de sus peripecias nivolescas, pero de escasa personalidad, pues fracasa en su intento de socializarse: muertos sus padres y sin otra familia íntima, no logra trabarse en sociedad con otras personas, ni perpetuarse carnalmente en obra amorosa fecunda y vital, y desiste, antes aún de habérselo propuesto, de toda tentativa de perpetuación espiritual en otros. A. Pérez tiene poca personalidad: no es, en efecto, “sociedad en sí mismo”, pero porque no es “sociedad en otros” (y quizá, muy plausiblemente, no sea sociedad en otros por no serlo tampoco en sí). Al no poder perpetuarse, A. renuncia incluso a satisfacer su instinto de conservación. Lo cual es comprensible, puesto que “en el orden de la vida humana el individuo, movido por el mero instinto de conservación, creador del mundo material, tendería a la destrucción, a la nada, si no fuese por la sociedad, que, dándole el instinto de perpetuación, creador del mundo espiritual, le lleva y empuja al todo, a inmortalizarse.” (STV, “Fe, esperanza y caridad”) En el sentimiento Unamuniano, la esencia de la personalidad, opuesta a la individualidad animal y material, es la conciencia; y, al principio y al final de la conciencia, en su forma y en su fondo, de nuevo la sociedad: porque la sociedad es “la madre de la conciencia refleja” (STV, “Religión, mitología de ultratumba y apocatástasis”) y, por su parte “La conciencia de cada uno de nosotros, en efecto, es una sociedad de personas; en mí viven varios yos, y hasta los yos de aquellos con quienes vivo.” (STV, “De Dios a Dios”) En correlación con su débil personalidad, Pérez muestra una clara pobreza de conciencia, tanto acerca de su yo, como acerca del de los demás: prisionero de circunstancias que le advienen hostiles por no ser capaz de preverlas ni enfrentarlas, marioneta de los tejemanejes de su autor, al final Pérez no será dueño de su vida ni siquiera para ponerle punto final. Como en todos los casos de impersonalidad, el alma de Pérez no será dueña, sino esclava, de su vida.

⁹ “Dios es, pues, la personalización del todo, es la Conciencia eterna e infinita del Universo, Conciencia presa de la materia y luchando por libertarse de ella.” (STV, “Amor, dolor, compasión y personalidad”) La materia es la inconciencia y el espíritu es la conciencia. Y “La obra de la caridad, del amor a Dios, es tratar de libertarle de la materia bruta, tratar de espiritualizarlo, concientizarlo, o universalizarlo todo” (STV, hacia el final de “Fe, esperanza y caridad”) Dios se crea a sí mismo en el hombre creándolo, en la medida en que el hombre crea a Dios creándose y haciéndose consciente de sí mismo y de la conciencia del Universo. (*Loc. cit.*; cfr. Concepción de la fe como “potencia creativa” del hombre, flor de la voluntad –que es raíz–.)

Unamuno, de uno de sus personajes nivolísticos principales, justamente el único que traba conocimiento con su autor, y aún se atreve a discutirle sus planteamientos y enmendarle la plana, encorcorándole hasta el punto de que Unamuno lo condena a una muerte anunciada: morirá con el día en que está viviendo. De aquí la primera proposición del título: *Carta a don Miguel desde la niebla, de A. Pérez*. Este procedimiento formal responde, como ya he explicado, a importantes motivos: el desarrollo de una posición crítica y comprometida, apasionada y dramática, en una palabra, nivolística, con respecto a Unamuno y su filosofía; una posición que, obrando a la vez de principio expositivo, permita la exposición en notación a pie de página, con y conforme a sus propios textos, de la doctrina religiosa, trágica y sentimental de Unamuno. Labor expositiva que, según creo queda patente, ya he empezado a efectuar en este prólogo, como había prometido.

Se trata, en definitiva, de exponer la filosofía de Unamuno desde la inmersión en la lucha, en el conflicto, unamuniano: exposición desde la posición en el fragor íntimo del combate esencial entre inteligencia – institución de la muerte– y voluntad –ansia de vivir, hambre y sed de eternidad–, entre la cabeza, que me asegura que mi alma no es inmortal, y el corazón, que quiere desesperadamente que lo sea, entre mi razón y mi sentimiento: la fe basada en la incertidumbre –el abismo, donde ciencia y religión se hermanan en su antagonismo– como potencia creativa y fuente de esperanza. Y, como trasfondo soterrado del conflicto entre razón y sentimiento, la ambivalente relación que Unamuno concibe entre la criatura y su creador, ambivalencia contradictoria manifiesta entre el tiempo y la eternidad, que se necesitan recíprocamente a la par que se excluyen.

Como ya he dicho antes, no me atemorizan las palabras ni los razonamientos que el pulso de A. Pérez pueda verter sobre el papel, ni que ellos concuerden o dejen de concordar con ese otro “papel”, su papel dramático y vital, tragicómico, que desempeña en la nivola de su vida, *Niebla*; pues ya se ha comentado, o más precisamente, nos ha comentado el propio Unamuno, que “lo vivo” es lo que yo descubra y ponga en el personaje, pusiéralo o no en él su autor, y además ya hemos visto que ni siquiera el propio autor puede conocer a plena conciencia la conciencia de sus criaturas, y aunque la conciencia de A. Pérez que aquí se revela sea una obra de mi fantasía, y la original, la que se reveló en *Niebla*, sea obra de la fantasía de Unamuno, fantasía de conciencia o conciencia de fantasía pues, ello no echa nada por tierra, pues que “acaso fantasía y conciencia sean uno y lo mismo”, y la conciencia de un personaje literario no está sino en la fantasía, no ya de su

autor, sino de sus lectores, que son a la vez creadores o resurretores de tales personajes.¹⁰

Mi único temor consiste, entonces, en no estar a la altura de las circunstancias, y haberme quizá tomado la molestia y el trabajo –doloroso trabajo en verdad– de resucitar a A. Pérez sólo para hacerle soltarse una parrafada que, juzgando lo verbalizado en ella, resulte que bien pudiera haberse ahorrado. Pero aún en esto Unamuno –motivo, centro y aliento de este ensayo– ha de acudir en mi ayuda dándome apoyo y razón de ser –de ser redactor y glosista del presente texto, al afirmar resueltamente que “El más alto heroísmo para un individuo, como para un pueblo, es saber afrontar el ridículo; es, mejor aún, saber ponerse en ridículo y no acobardarse en él.”

¹¹ Con lo cual puede obtenerse, por lo menos, una “muerte trágica” entre las carcajadas de los otros, muerte sin duda más noble y profunda que la que han de sufrir estos burladores, que morirán, paradoja significativa, de una forma miserablemente cómica.¹²

Y, con este título, y con el trabajo que a su continuación y cobijo se informa, ¿qué otra cosa puede uno pretender, sino ponerse en –cuando menos, exponerse al– ridículo?

Y con esto, queda suficientemente justificado el título en toda su pretenciosidad y explicada mi intención. Tras lo que le cedo la palabra, el puño y la letra, a A. Pérez.

Vale.

¹⁰ *Cómo se hace una novela*, “Continuación”.

¹¹ *STV*, “Conclusión”.

¹² *Ídem*.

CARTA A DON MIGUEL DESDE LA NIEBLA

Querido don Miguel:¹³

La niebla que me rodea es ya tan espesa que sólo podría cortarla a cuchilladas, aunque de nada me serviría hacerlo, puesto que a una capa neblinosa le sucede otra, y a ésta otra más –y así, *ad infinitum*, o sea, hacia el infinito y hasta él, si a él pudiera llegarse–. Es una niebla sólida y húmeda que me empaña los ojos, transformándome la mirada en un surco de lágrimas que anonadan mi sentido de la vista y me impiden la visión. Ay, estas lágrimas opacas, cegadoras, que ruedan por la cara de mi vida, mi vida de novela y novela de mi vida. Novela vivida, sí, vívida novela, vida novelada –como la suya, don Miguel, como la suya– que va tocando a su fin –que, como toda vida humana, toca a su fin ya desde que nace–. Ay, esta densa niebla, ay, estas lágrimas nebulosas que me revelan que el argumento de mi drama vital, vida trágica, anda ya su penúltimo paso.

Pero, paradójicamente –usted y yo sabemos bien que en la vida humana, tragicomedia vital, bufonada trágica o tragedia bufa,¹⁴ no rige el principio

¹³ En el manuscrito original, precediendo al “Querido” aparecía un “Odiado” tachado; es de suponer que el autor había pensado encabezar la carta, en un principio, con el encabezamiento “Odiado don Miguel”, lo cual no es, en realidad, contradictorio con el definitivo encabezamiento: sabido es de don Miguel que quien de veras odia a una persona, también la quiere.

¹⁴ Cfr. El “Prólogo” de Víctor Goti a *Niebla*: “Don Miguel tiene la preocupación del bufo trágico, y me ha dicho más de una vez que no quisiera morir sin haber escrito una bufonada trágica o una tragedia bufa, pero no en que lo bufo o lo grotesco y lo trágico estén mezclados y yuxtapuestos, sino fundidos y confundidos en uno. Y como yo le hiciese observar que eso no es sino el más desenfrenado romanticismo, me contestó: “No lo niego, pero con poner motes a las cosas no se resuelve nada. A pesar de mis más de veinte años de profesar la enseñanza de los clásicos, el clasicismo que se opone al romanticismo no me ha entrado. Dicen que lo helénico es distinguir, definir, separar; pues lo mío es indefinir, confundir.” Y el fondo de esto no es más que una concepción, o mejor aún que concepción, un sentimiento de la vida que me atrevo a llamar pesimista porque sé que esta palabra no le gusta a don Miguel. Es su idea fija, monomaníaca, de que si su alma no es inmortal y no lo son las almas de los demás hombres y aun de todas las cosas, e inmortal en el sentido mismo en que las creían ser los ingenuos católicos de la Edad Media, entonces, si no es así, nada vale nada ni hay esfuerzo que merezca la pena.”

lógico de no contradicción; y hasta diríamos, si nos apurasen, que es su contrario, o sea, el principio de contradicción, el que la gobierna¹⁵, paradójicamente –y no podría ser de otra manera–, como digo, la niebla me hace ver con claridad: me hace ver con claridad que ha llegado la hora de ajustarle las cuentas a usted, a mi creador; pero esta vez por cuenta propia: pues ahora soy yo el creador y usted la criatura (y le advierto que puedo ser, y de hecho soy, tan español como usted).¹⁶

Miro a todas partes y nada veo. La niebla entumece mis sentidos y, quizá precisamente por ello, desentumece mis sentimientos. La niebla oscurece mis circunstancias materiales de vida y, en la misma medida, enciende mi lucidez acerca de la forma contradictoria en que vivo, y que constituye mi vida; la niebla, en fin, al anonadarme la mirada despierta mi conciencia, la conciencia de mi precaria situación, la situación vital de un desesperado a las puertas de la muerte –como todos los hombres, al cabo–. Es más: en tanto que alumbra e informa mi conciencia viviente, y ésta es conciencia viva del hombre de carne, huesos y sangre que soy, resulta que esta maldita niebla me hace comprender el sentido –sentimiento– de la vida humana, en cuanto encarnada en hombres, asimismo, de carne, huesos y sangre: de lo singular individual a su fondo sentimental, y de este fondo sentimental, valle de lágrimas en que enjugamos el llanto, a lo universal humano; pues ésta es la única deducción filosófica que usted y yo admitimos: de lo singular vivo –el individuo uno y único– a lo universal como expresión de una comunidad esencial de sentimientos, y jamás de un supuesto “hombre” genérico, universal abstracto e ideal, a unos “hombres” así singularmente (por la

Recuérdese, por otra parte, que el citado Víctor Goti, prologante de esta novela, es asimismo personaje de ella.

¹⁵ “Alguien podrá ver un fondo de contradicción en todo cuanto voy diciendo, anhelando unas veces la vida inacabable, y diciendo otras que esta vida no tiene el valor que se le da. ¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice que sí, mi cabeza, que dice que no! Contradicción, naturalmente. ¿Quién no recuerda aquellas palabras del Evangelio: “¡Señor, creo; ayuda a mi incredulidad!” ¡Contradicción!, ¡naturalmente! Como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción.” En *STV*, “El hombre de carne y hueso”,

¹⁶ Repátese, a propósito de este párrafo, el magistral capítulo XXXI de *Niebla*, en el que el protagonista, tomada la decisión de suicidarse, decide visitar, antes de cumplirla, al propio Unamuno, ignorante de que éste es su autor, y acabará, en el curso de su agitada entrevista, sentenciando su muerte, y anunciándole esta terrible sentencia. La presente carta de Augusto es testimonio irrefutable de que no se despachó a gusto contra su creador en dicha entrevista, ni aún en la visita que, ya muerto, le hizo en sueños (cap. XXXIII de *ob. cit.*)

singularidad del concepto arbitrario del filósofo de turno) deshumanizados – descarnados, deshuesados y vaciados de sangre, corazón y entrañas—.¹⁷

La niebla me ciega, y la ceguera, anticipo de mi posible -próximo anonadamiento, me hace ver lo mucho, muchísimo que deseo ser –hasta el punto de sentimiento absoluto–, ser yo, y seguir siéndolo hasta el infinito y por toda la eternidad –de aquí lo de “sentimiento absoluto”–.¹⁸ Porque, en efecto, yo quiero ser yo, y serlo para siempre, y usted no tiene derecho a matarme; o, en todo caso, tiene usted el mismo derecho a matarme que yo a matarle a usted: pues, independientemente de quién sea el creador y quién la criatura, es evidente que yo deseo ser yo tanto como usted desea ser usted, y como cualquier otro desea ser ese otro –lo cual, aparte de que yo lo reitere aquí y ahora, lo refirió usted sobradamente en su nivola de mi vida, en mi nivola de su vida, y en otros de sus escritos¹⁹–: lo absoluto no admite gradación, y tanto usted como yo sentimos absolutamente la necesidad de no dejar de ser quienes somos, hasta el punto de creer –querer creer– en nuestra resurrección, no ya de alma, sino de cuerpo y alma, a la manera castiza en que cree en el misterio de la resurrección el pueblo llano español.²⁰ Hasta el

¹⁷ Cfr., *verbigratia*, en *Cómo se hace una novela*, el “comentario” al “Retrato de Unamuno, por Jean Cassou”: “...lo individual es lo universal –en lógica, los juicios individuales se asimilan a los universales– y... no hay otra política que la de salvar en la historia a los individuos”; más explícitamente, el cap. I de *STV*, “El hombre de carne y hueso”: “Pues no se trata de mí tan sólo: se trata de todos y de cada uno. Los juicios singulares tienen valor de universales, dicen los lógicos. Lo singular no es particular, es universal.” Cfr. Asimismo, a lo largo de todo este capítulo, la crítica al concepto de “hombre” como ente abstracto universal.

¹⁸ “No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia.” (*STV*, “El hambre de inmortalidad”, hacia el principio). “Si muero, ya nada tiene sentido” (*Ídem*, “El punto de partida”, hacia el final). “¡Eternidad! ¡eternidad! Éste es el anhelo; la sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres; y quien a otro ama es que quiere eternizarse en él. Lo que no es eterno tampoco es real.” (*Íd.*, “El hambre de inmortalidad”, hacia el principio).

¹⁹ *Cómo se hace una novela*, “Comentario”: “El Augusto Pérez de mi Niebla me pedía que no le dejase morir, pero es que a la vez que yo le oía eso –y se lo oía cuando lo estaba, a su dictado, escribiendo–, oía también a los futuros lectores de mi relato, de mi libro, que mientras lo comían, acaso devorándolo, me pedían que no les dejase morir. Y todos los hombres en nuestro trato mutuo, en nuestro comercio espiritual humano, buscamos no morirnos; yo no morirme en ti, lector que me lees, y tú no morirte en mí que escribo para ti esto.

²⁰ Y es que “sin algún cuerpo no se concibe el alma”, y “Lo que en rigor anhelamos para después de la muerte es seguir viviendo esta vida, esta misma vida mortal, pero sin sus males, sin el tedio y sin la muerte” (*STV*, “Religión, mitología de ultratumba y apocatástasis”).

punto de guardar nuestras reservas hacia la vida ultraterrena en el Cielo, cuando se entiende –o se quiere entender– semejante vida como una fusión o comunión absoluta con Dios, que consistiría en una disolución de nuestro yo en Él.

Hasta el punto de preferir el infierno antes que la nada.²¹ ¿Por qué será, don Miguel, que usted y yo, caudillos del confucionismo, propugnamos y predicamos la confusión en todos los terrenos,²² excepto en éste sagrado e intocable en que se contiene nuestro yo, este yo que se hace y deshace a cada paso, que muere viviendo y vive muriendo en el eterno presente? Paradoja de paradojas: una más de las que constituyen nuestra contradicción vital, el nervio de nuestra vida, la vida humana.

La absoluta intensidad de nuestro idéntico sentimiento absoluto nos iguala, don Miguel; nos iguala y –quisiéramos creer– nos absuelve en la absolución de un absoluto más allá de venturosa vida de nuestro yo, tal como es, tal como soy: yo, yo, yo, con mis contradicciones a cuestas, pero yo, yo que sé que me soy, yo que me sé.²³

Y, como no tenemos asegurada la inmortalidad –entre otras cosas, por no acabar de creer en ella, hombres de poca fe–, caemos de vez en vez en la vanidad (sentimiento exclusivo de los seres humanos, a diferencia del ansia

²¹ “¿No será más bien eso de la apocatástasis, de la vuelta de todo a Dios, un término ideal al que sin cesar nos acercamos sin haber nunca de llegar a él, y unos a más ligera marcha que otros? ¿No será la absoluta y perfecta felicidad eterna una eterna esperanza que de realizarse moriría? ¿Se puede ser feliz sin esperanza? (...) ¿No es la eterna felicidad, una eterna esperanza, con su núcleo eterno de pesar para que la dicha no se suma en la nada?” (STV, “Religión, mitología de ultratumba y apocatástasis”). Por otra parte: “nunca, en los días de la fe ingenua de mi mocedad, me hicieron temblar las descripciones, por truculentas que fuesen, de las torturas del infierno, y sentí ser siempre la nada mucho más aterradora que él.” (STV, “El hambre de inmortalidad”) Porque “nada se me aparecía tan horrible como la nada misma. Era una furiosa hambre de ser, un apetito de divinidad” (Íd., “El hombre de carne y hueso”).

²² Valgan, como botón de muestra, las siguientes palabras, que Víctor le dirige a Augusto en el cap. XXX de *Niebla*: “Y hay que corroer. Y hay que confundir. Confundir sobre todo. Confundir el sueño con la vela, la ficción con la realidad, lo verdadero con lo falso; confundir todo en una sola niebla. La broma que no es corrosiva y confundente no sirve para nada. El niño se ríe de la tragedia; el viejo llora en la comedia.”

²³ “¡Ser, ser siempre, ser sin término, sed de ser, sed de ser más!, ¡hambre de Dios!, ¡sed de amor eternizante y eterno!, ¡ser siempre! ¡ser Dios! (STV, “El hambre de inmortalidad”). “Todos merecen salvarse, pero merece ante todo y sobre todo la inmortalidad... el que apasionadamente y hasta contra razón la desea.” (STV, “El problema práctico”) “La viva esperanza vence a la divina voluntad! ¡Crear en esto sí que es fe y fe poética! El que espere firmemente, lleno de fe en su esperanza, no morirse, ¡no se morirá...! (CHN, final del apartado “Cómo se hace una novela”).

de inmortalidad, común, no ya a todo animal, sino, incluso, a todo ser –para esto nos sirve la racionalidad–): el absurdo afán de perpetuar nuestro nombre en la posteridad.²⁴ Nuestro nombre, don Miguel, y no nuestro ser, no lo olvide: que en esto tiende usted a hacer un uso interesado de su doctrina –diré mejor, actitud o talante– confusionista. Aunque en esto quizá juegue yo con ventaja sobre usted, pues, según su propia opinión, los entes de ficción –novela, cuento, poema o drama– cobran vida y realidad, existencia propia –y hasta es posible que existencia famosa y celebrada en el mundo entero, *in secula seculorum*, por los siglos de los siglos–, cada vez que la lectura de nuevos lectores los hace revivir. Aunque, en realidad, ¿acaso no somos todos, usted y yo, las personas históricas y los personajes de ficción, entes de ficción, de ficción de realidad, y realidad de ficción? Pues al fin y al cabo, según dice usted, nuestra vida sólo se realiza y constituye como tal en tanto que se hace novela, ya sea el autor su viviente u otros vivientes, vivientes que, en todo caso –ellos o nosotros, nosotros y ellos–, novelando otras vidas viven su propia novela de vida, y viviendo otras novelas novelan su propia vida de novela.²⁵

En fin. Volviendo al punto de partida y resumiéndolo: esta niebla impenetrable no me deja ver nada; pero, entonces, lo único que queda ante mí, para mí, soy yo mismo.

Mi aislamiento me hace percibirme con inusitada fuerza, con la fuerza del dolor de la autoconciencia limitada y sufriente... y entonces, don Miguel, afirmo con usted: “Yo soy el centro de mi Universo, el centro del Universo, y en mis angustias supremas grito con Michelet: “¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!” ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo todo si pierde su alma? (Mat. XVI, 26). ¿Egoísmo decís? Nada hay más universal que lo individual, pues lo que es de cada uno lo es de todos. Cada hombre vale más que la humanidad entera, ni sirve sacrificar cada uno a todos, sino en cuanto todos

²⁴ “Tremenda pasión esa de que nuestra memoria sobreviva por encima del olvido de los demás si es posible. (...) Al nombre se sacrifica no ya la vida, la dicha. LA vida desde luego. (...) Hay quien anhela hasta el patíbulo para cobrar fama, aunque sea infame: *avidus malae famae*, que dijo Tácito.” (STV, “El hambre de la inmortalidad”, hacia el final.)

²⁵ “Cuando les cuento [a los lectores] cómo se hace una novela, o sea, cómo estoy haciendo la novela de mi vida, mi historia, les llevo a que se vayan haciendo su propia novela, la novela que es la vida de cada uno de ellos” (CHN, “Comentario”). “Todo es para nosotros libro, lectura. (...). Hay una leyenda de la realidad que es la sustancia, la íntima realidad de la realidad misma.” (Íd., “Cómo...”) “Juega uno con eso del libro del hombre y el hombre del libro, pero ¿hay hombres que no sean de libro? Hasta los que no saben ni leer ni escribir. Todo hombre, verdaderamente hombre, es hijo de una leyenda, escrita u oral. Y no hay más que leyenda, o sea novela.” (Íd., “Martes 21”).

se sacrifiquen a cada uno. Eso que llamáis egoísmo, es el principio de la gravedad psíquica, el postulado necesario.”²⁶ Y por esto llegamos juntos a la conclusión de que “el ansia de no morir, el hambre de la inmortalidad personal... es... nuestra misma esencia... la base afectiva de todo conocer y el íntimo punto de partida personal de toda filosofía humana, fraguada por y para hombres. (...) Y ese punto de partida personal y afectivo de toda filosofía y toda religión es el sentimiento trágico de la vida.”²⁷

¿Por qué “sentimiento trágico”? Porque el “inmortal anhelo de inmortalidad” es el impulso primitivo y necesario de todo afán de conocimiento; y en consecuencia el conocimiento, cuyo instrumento principal es la razón, se endereza todo a probar la inmortalidad del alma humana. Pero, paradójicamente, “siempre resulta que la razón se pone enfrente de nuestro anhelo de inmortalidad personal, y nos le contradice. Y es que en rigor la razón es enemiga de la vida. (...) Es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón. (...) Y, sin embargo, necesitamos de la lógica (...). Lo que hay es que el hombre, prisionero de la lógica, sin la cual no piensa, ha querido siempre ponerla al servicio de sus anhelos, y sobre todo del fundamental anhelo.”²⁸ De suerte que “Ni el sentimiento logra hacer del consuelo verdad, ni la razón logra hacer de la verdad consuelo; pero esta segunda, la razón, procediendo sobre la verdad misma, sobre el concepto mismo de realidad, logra hundirse en un profundo escepticismo. Y en este abismo encuéntrase el escepticismo racional con la desesperación sentimental, y de este encuentro es de donde sabe una base —¡terrible base!— de consuelo.”²⁹ Hay, pues, un abrazo trágico y contradictorio, en el fondo del abismo, entre razón y fe, lógica y sentimiento: “Razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro. Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional. Tienen que apoyarse uno en otro y asociarse. Pero asociarse en lucha, ya que la lucha es un modo de asociación.”³⁰ Considerando todo esto, “hemos llegado al fondo del abismo, al irreconciliable conflicto entre la razón y el sentimiento vital. Y llegado aquí... hay que aceptar el conflicto como tal y vivir de él. (...) esa desesperación puede ser base de una vida vigorosa, de una acción eficaz, de una ética, de una religión y hasta de una estética.”³¹

²⁶ *STV*, “El hambre de inmortalidad”.

²⁷ *STV*, final de “El punto de partida”.

²⁸ *STV*, “La disolución racional”.

²⁹ *Loc. cit.*, final.

³⁰ *STV*, “En el fondo del abismo”.

³¹ *Loc. cit.*

Usted considerará, don Miguel, que yo no fuicapaz de “aceptar el conflicto como tal y vivir de él”, a resultas de lo cual me quedé sin “base” alguna para edificar sobre ella “una vida vigorosa”. Pero es que usted ni siquiera me dejó llegar al planteamiento del problema; sin planteamiento, no hay solución, es decir, en este caso, disolución conflictiva. Pero dejemos esto por ahora.

Tengo un gran interés, don Miguel, en hacerle saber la fundamental diferencia que hay entre su “sentimiento trágico de la vida” y el mío, éste mío que yo siento ahora. Usted sabe que ha de morir, por mandato divino, algún día indeterminado; yo sé en cambio que voy a morir esta misma noche en que escribo, por capricho y terquedad suya. De aquí que mi “sentimiento trágico” sea, no ya un simple sentimiento trágico, sino, más bien, un “resentimiento trágico de la vida”, sentimiento trágico de la vida que se resiente hacia su creador (usted, don Miguel, usted; ¿usted?) y hacia la vida misma. Por esto supone esta carta un acto supremo de rebelión: yo, como criatura, me revuelvo contra usted, mi creador, y le pongo en tela de juicio. ¿Y no le pasaría a usted algo parecido que a mí, don Miguel, cuando estalló la tremenda Guerra Fratricida, y de golpe cayó la niebla sobre su patria y en derredor de su persona, y sintió próximo el fin, y se resintió, y trató de escribir una especie de carta a sus compatriotas que era también, quizá, una carta a su creador en la que ponía en cuestión su creación y el modo de crearla? ³² Y ese mismo sentido tiene quizá esta carta que, aunque sea en cierto modo una venganza y un ajuste de cuentas, estambién en otro modo una acto de amor y resurrección: pues a usted lo haré revivir en ella; aunque, eso sí, ahora como criatura mía –donde las dan las toman, y donde las toman las dan, y bien sabe usted que a todas las tornas les llega el momento del cambio–.

En efecto: ahora, justo ahora que la niebla que me rodea se ha vuelto tan espesa que sólo pudiera cortarla a cuchilladas, o quizá incluso a hachazos, y ahora que tan cercano está el momento de mi muerte (por decreto suyo, don Miguel, no lo olvide; no la muerte, que bien sé que a todos no ha de llegar – a usted también, don Miguel, a usted también–, sino el momento), creo, no ya oportuno y adecuado, sino justo y hasta necesario, escribirle esta carta, en la que me propongo dirigirle algunas reflexiones que he ido desarrollando en torno a su obra, sus motivos y su destino como pensador y creador de novelas

³² A. Pérez se refiere a *El resentimiento trágico de la vida*, que Unamuno empezó a escribir a raíz de la Guerra Civil, y jamás terminaría, pues murió al poco de comenzada ésta, y posiblemente a causa de ella. Cómo hayan llegado al conocimiento de A. estos papeles, publicados medio siglo después de la Guerra Civil, resulta en verdad difícil de explicar.

(y criatura de ellas, tengo que añadir, de acuerdo con su propia convicción). Aunque, en realidad, no otra cosa vengo haciendo desde que comencé a redactarla.

Encontrándome yo con que debía escribirle esta carta que tenía pendiente con usted, me di cuenta de que sólo podía dirigírsela, en el sentido cabal y riguroso en que pensaba hacerlo, reviviéndome como personaje suyo, es más, como el personaje señalado que yo era y soy –todavía, a falta de pocas horas para mí terrible consunción–: A. Pérez.

Y aquí estoy, en la noche misma de mi muerte, según prescripción suya, confiando en la discreción de mi amigo Goti y en la lealtad de mis viejos criados Domingo y Liduvina para hurtarle a su todopoderoso conocimiento e insaciable curiosidad estas letras, que habrán de ver la luz sólo mucho tiempo después de su muerte, sacándole así mayor punta a la ironía de que la criatura trascienda, en cierto sentido, al creador, y acabe recreándolo a los ojos de la posteridad.³³

Unos párrafos arriba he recordado, utilizando sus propias palabras, lo que usted entiene por sentimiento trágico de la vida. Pero, en realidad, no hemos llegado al corazón mismo de ese sentimiento, sino que nos hemos quedado en el umbral. La contradicción entre vida y razón, ciencia y fe, que usted toma como fuente de pasión y de acción, no es en verdad más que la expresión del núcleo sentimental originario; una expresión que, en este caso, no coincide con lo expresado, ni lo representa suficientemente. Tengo para mí que a la esencia y comprensión originarias de su sentimiento trágico vital sólo se llega al través del análisis de su forma de conceptualizar el tiempo, la temporalidad constituyente de la vida humana. Veámoslo. Pero esta vez empezaremos a mi manera, pues otro de los empeños que persigo en esta carta es demostrarle que soy bien capaz de discurrir con mis propios términos y según conceptos que no tienen por qué ser siempre los suyos.

A menudo se pasa por encima de la comunidad etimológica de la “presencia” y el “presente” sin reflexionar en absoluto sobre ella (usted mismo no lo hace). ‘Presencia’ viene de ‘presente’, y esto indica que toda presencia imaginable por y para el hombre, lo que a éste pueda presentársele, puede en cualquier caso sólo hacerlo mediante la presentación en su presente, el

³³ El comentarista baraja la posibilidad de que el autor ya estuviera muerto –pues quizá a un ente de ficción le sea esto lícito, el escribir después de muerto– cuando escribía esta carta, y lo hiciera desde el eterno y trascendente más allá, lo que explicaría su visionaria lucidez, respecto a puntos del pensamiento y hechos de la vida de Unamuno aún no desarrollados ni ocurridos cuando A. escribía la carta.

presente histórico y espaciotemporal. La ‘presencia’ del ‘ser’ de todas las cosas y personas (incluido Dios, a quien tanto necesita usted, como garante de su inmortalidad) sólo se presenta –sólo puede presentarse– en el presente temporal; de modo que sólo ex–iste, a fin de cuentas, el presente, inmóvil en su eterno movimiento, y lo que en ese presente haga presencia. “Eterno movimiento”: eternidad de la inmóvil movilidad, o móvil inmovilidad, del presente. La eternidad es el sólo-poder-ser siendo en el ser y no ser –a la vez y en el mismo sentido– de la presencia que se presenta en el presente. Hay eternidad, o más propiamente hablando, sentimiento de eternidad, por la necesariedad trascendental, constitutiva y constituyente, de la permanencia-fluyente del presente ‘vivido’ desde la instancia consciente del viviente.³⁴

La permanencia-fluyente del presente, sí. Observe, amigo Unamuno, que aquí no vale el retruécano: la “fluencia permanente” es, o podría ser, algo muy distinto a la “permanencia fluyente”, puesto que no implica un punto de referencia estable, como sí lo hace la última. El ‘ahora’, siempre el mismo y siempre otro, es el punto de referencia absoluto del viviente que organiza (forma) su vida y su conocimiento (relación con la realidad) desde su ‘yo consciente’. El ‘aquí y ahora’ fluye en su eterna permanencia, a la vez que permanece en su eterna fluencia, y de aquí brota la idea, o más bien, el sentimiento, o –mejor aún– la vivencia de la eternidad. Siempre contradictoria.³⁵ Esta vivencia, o experiencia, de la eternidad, que sólo puede experimentarse desde la instalación en el presente, es, en efecto, contradictoria por esencia y consistencia: lo ex–istente sólo es tal en la medida en que hace presencia en el presente; pero resulta que el presente mismo –lo propiamente eterno, eternizador–, en sí, no ex–iste, sino que no es más que “el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir”.³⁶

Resulta entonces que, desde este punto de vista, la eternidad es una categoría constotuyente de la temporalidad humana, del mismo modo que la temporalidad lo es, a su vez, de la eternidad. Son ambas categorías complementarias que, sin embargo y a despecho de la razón, se excluyen mutuamente. El presente, para no dejar de serlo y disolverse en nada, requiere eetrnización; pero la eternidad, para constituirse en ex–istencia,

³⁴ “Permanencia-fluyente”. A juicio de este glosista, A. intercala el guión entre ambos términos para indicar la indisolubilidad, en este caso, de sustantivo y adjetivo: adjetivo sustantivo y sustantivizador de lo que adjetiva.

³⁵ “Lo presente y lo individual; el ahora y el aquí. (...) lo provisorio es lo eterno, ... el aquí es el centro del espacio infinito, el foco de la infinitud, y el ahora el centro del tiempo, el foco de la eternidad; ... lo individual es lo universal... y, por lo tanto, lo eterno”. *CHN*, Comentario.

³⁶ *STV*.

requiere de presencia en el presente; el cual, a su vez, deja de serlo en cuanto se presenta, por su incesante movilidad. Ahora bien: si la eternidad se manifestase en el presente, cobrando plenitud en él, entonces el presente quedaría anulado como presente propiamente dicho: disuelto en la presencia hierática, inmóvil y glacial, de lo propiamente eterno. Y he aquí la “tragedia misteriosa”, o “misterio trágico”, de la vida humana, temporalidad eternizante: la persecución de la imposible y contradictoria “eternización de la momentaneidad”, concomitante a la “momentaneización de la eternidad”, pues “nada dura más que lo que se hace en el momento y para el momento”;³⁷ pero el momento mismo, en cuanto tal, no dura sino un momento: en cuanto se hace momento deja de serlo.

La esencia y cifra de la vida humana es la conciencia, que es siempre temporal. La conciencia lo es por el dolor y del dolor. Del dolor de sí revertimos al dolor de los otros, y de aquí, por el empeño humano en personalizarlo todo, desembocamos en la experiencia del dolor universal, que no es sino personalización de todo. Surge entonces la compasión, el compadecer a todo lo que existe, y que a su vez se resuelve en la voluntad de que exista una conciencia universal, que haga posible nuestra redención y la de todo lo existente.³⁸ Pero la redención del dolor sólo es posible mediante el mismo dolor; más precisamente: mediante la transustancialización del dolor en amor. Mas no es esta una transustancialización absoluta: el amor, para conservarse y acrecentarse, requiere la permanencia del dolor, núcleo y fuente que lo hace posible.

Ahora bien, ¿cómo se produce y desarrolla el amor? “El misterio del amor, que lo es de dolor, tiene una forma misteriosa, que es el tiempo. Atamos el ayer al mañana con eslabones de ansia, y no es el ahora, en rigor, otra cosa que el esfuerzo de antes por hacerse después; no es el presente, sino el empeño del pasado por hacerse provenir. El ahora es un punto que no bien pronunciado se disipa, y, sin embargo, en ese punto está la eternidad toda, sustancia del tiempo.”

¿Qué nos queda entonces? “Cuanto ha sido no puede ser ya sino como fue, y cuanto es no puede ser sino como es; lo posible queda siempre relegado a lo venidero, único reino de libertad y en que la imaginación, potencia creadora y libertadora, carne de la fe, se mueve a sus anchas. El amor mira y

³⁷ Cfr. *CHN*, “Cómo...”, primeras páginas.

³⁸ “El anhelo de la inmortalidad del alma, de la permanencia, en una u otra forma, de nuestra conciencia personal e individual, es tan de la esencia de la religión como el anhelo de que haya Dios. No se da el uno sin el otro, y es porque en el fondo son una y la misma cosa.” *STV*, “Religión, mitología de ultratumba y apocatástasis”.

tiende siempre al provenir, pues que su obra es la obra de nuestra perpetuación; lo propio del amor es esperar, y sólo de esperanzas se mantiene. Y así que el amor ve realizado su anhelo, se entristece y descubre al punto que no es su fin propio aquello a que tendía, y que no se lo puso Dios sino como señuelo para moverle a la obra; (...). El amor espera, espera siempre sin cansarse nunca de esperar, y el amor a Dios, nuestra fe en Dios, es ante todo esperanza en Él. Porque Dios no muere, y quien espera en Dios vivirá siempre.”³⁹

La única posibilidad de redención que admite usted, don Miguel, es la del porvenir; pero no la de un porvenir real, sino la de un porvenir que no llega nunca ni debe llegar: a usted la fe le sirve para auparse a la esperanza, pero no más; no más, precisamente porque usted se queda en la esperanza, y no quiere salirse de ella: esperanza eterna como forma de eternizar su conciencia individual. Y ésta es su tragedia personal, don Miguel: que usted pide a gritos una redención que, en realidad, no quiere ni puede querer, porque no es capaz de renunciar –de plantearse siquiera la renuncia– a la concha de su conciencia personal. Tiene usted la impresión de que, si le quitasen esa concha, le ocurriría lo que al caracol: que se moriría.

Repasemos, entonces, ésta su concepción unamuniana de la vida: la vida humana es sueño, y el sueño de los sueños humanos, el sueño que fundamenta los demás y constituye al hombre en su humanidad, es aquél cuya esencia consiste en soñar la eternidad; pero la razón niega la posibilidad de eternizarse, y acaba, en su actividad disolvente, autodisolviéndose a sí misma. Fondo del abismo en que razón y sentimiento se hermanan en su eterna lucha fratricida. De donde la radical incertidumbre como única salida no dogmática; y, sobre la incertidumbre y la congoja que la sustenta, como suelo y basamento, la voluntad proyectora de fe, a su vez creadora y productora de esperanza, esperanza en un porvenir que uno quisiera no llegase nunca: eternamente con la mirada al porvenir eterno, por sobre el tiempo que pasa, pero dentro de este tiempo...

Necesita usted la eternidad para eternizar su presente; pero la eternidad no puede –no querría usted que pueda– hacerse, en rigor, presente, porque en su hacer acto de presencia anonadaría el presente y, con éste, su tan querida conciencia personal. Lo expresa usted claramente al imaginarse la terrible consecuencia que acarrearía el advenimiento definitivo de la apocatástasis pauliniana. Me voy a permitir recordarle el texto en toda su extensión, pues

³⁹ *Loc. cit.* en nota anterior.

en él se contiene la clave y el nervio sustancial de su sentimiento trágico de la vida:

“Pero en esta final solidarización, en esta verdadera y suprema *crístinación* [de Cristo] de las criaturas todas, ¿qué es de cada conciencia individual?, ¿qué es de mí, de este pobre yo frágil, de este yo esclavo del tiempo y del espacio, de este yo que la razón me dice ser un mero accidente pasajero, pero por salvar al cual, vivo, sufro y espero y creo? Salvada la finalidad humana del Universo, si al fin se salva; salvada la conciencia, ¿me resignaría a hacer el sacrificio de este mi pobre yo, por el cual y sólo por el cual conozco esa finalidad y esa conciencia?

Y hénos aquí en lo más alto de la tragedia, en su nudo, en la perspectiva de este supremo sacrificio religioso: el de la propia conciencia individual en aras de la conciencia humana perfecta, de la Conciencia Divina.

Pero, ¿hay tal tragedia? Si llegáramos a ver claro esa anacefaleosis; si llegáramos a comprender y sentir que vamos a enriquecer a Cristo, ¿vacilaríamos un momento en entregarnos del todo a Él? El arroyico que entra en el mar y siente en la dulzura de sus aguas el amargor de la sal oceánica, ¿retrocedería hacia su fuente?, ¿querría volver a la nube que nació de mar?, ¿no es un gozo sentirse absorbido?

Y, sin embargo...

Sí, a pesar de todo, la tragedia culmina aquí.

Y el alma, mi alma al menos, anhela otra cosa, no absorción, no quietud, no paz, no apagamiento, sino eterno acercarse sin llegar nunca, inacabable anhelo, eterna esperanza que eternamente se renueva sin acabarse del todo nunca. Y con ello un eterno carecer de algo y un dolor eterno. Un dolor, una pena, gracias a la cual se crece sin cesar en conciencia y en anhelo. No pongáis a la puerta de la Gloria, como a la del infierno puso Dante, el *Lasciate ogni speranza!* ¡No matéis el tiempo! Es nuestra vida una esperanza que se está convirtiendo sin cesar en recuerdo, que engendra a su vez la esperanza. ¡Dejadnos vivir! La eternidad, como un eterno presente, sin recuerdo y sin esperanza, es la muerte. Así son las ideas, pero así no viven los hombres. Así son las ideas en el Dios-Idea; pero no pueden vivir así los hombres en el Dios-Hombre.

Un eterno Purgatorio, pues, más que una Gloria; una ascensión eterna. Si desapareciese todo dolor, por puro y espiritualizado que lo supongamos, toda ansia, ¿qué hace vivir a los bienaventurados? Si no sufren allí por Dios, ¿cómo le aman? Y si aun allí, en la Gloria, viendo a Dios poco a poco y cada

vez de más cerca sin llegar a Él del todo nunca, no les queda siempre algo por conocer y anhelar, no les que siempre un poco de incertidumbre, ¿cómo no se aduermen?

O en resolución, si allí no queda algo de la tragedia íntima del alma, ¿qué vida es esa?”⁴⁰

En resumen: que su sentimiento es trágico, y su vida pura contradicción, porque usted no es capaz de renunciar a nada; y, sobre todas las cosas, no es capaz de renunciar a su humanidad íntegra. Usted no busca, en definitiva, perfeccionamiento o superación definitiva, sino perpetuación en su mismidad; se ama tanto a sí mismo que anhela la permanencia de la totalidad de su ser, incluidos sus defectos y sus excesos, incluidas sus limitaciones y sus pecados; incluido su egoísmo. Lo cual queda patente en su definición del amor entre las personas como “egoísmo mutuo”, y más patente aún, si cabe, en su concepción de Dios como Dios-Hombre, hecho a la imagen y semejanza de la criatura en la misma medida que ésta está hecha a imagen y semejanza de su creador.⁴¹ Vamos, que usted no se conforma con un tiempo terrenal sin luz de eternidad, o con una eternidad divina sin sombra de temporalidad; no, pretende usted un tiempo eterno, una eternidad temporal humanizada a la medida de su humana voluntad. Usted eleva su sentimiento a la categoría de principio cosmológico, universaliza la forma de su conciencia personal e individual, convierte la antropología en teología:

“Hay que creer en la otra vida, en la vida eterna del más allá de la tumba, y en una vida individual y personal, en una vida en que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta unirse, sin confundirse con las demás conciencias todas en la conciencia suprema, en Dios; hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad. Y hay que creer acaso en esa otra vida para merecerla, para conseguirla, o tal vez ni la merece ni la consigue el que no la anhela sobre la razón y, si fuere menester, hasta contra ella.

Y hay, sobre todo, que sentir y conducirse como si nos estuviese reservada una continuación sin fin de nuestra vida terrenal después de la muerte, y si es la nada lo que nos está reservado, no hacer que esto sea una justicia, según la frase de *Obermann*,”⁴²

⁴⁰ *STV*, “Religión, mitología de ultratumba y apocatástasis”, hacia el final.

⁴¹ Obsérvese que, en su exposición de la doctrina de Unamuno, A. no está haciendo otra cosa, en el fondo, que devolverle la pelota de la concepción del Creador determinado por la criatura. [N. del G.]

⁴² *STV*, párrafos conclusivos de “Religión, mitología de ultratumba y apocatástasis”.

¿Qué hay, entonces, de la concepción unamuniana del hombre? El hombre es un yo consciente en continuo e irrefrenable movimiento inmóvil en el tiempo, por su inevitable y absoluta radicación en el “presente eterno y huidero”. Y, ante todo, es el hombre un yo concreto y singular, un yo único de carne y hueso, y en absoluto un yo abstracto hecho de pura razón al calor glacial de una estufa germánica; y esto porque es el hombre asimismo un yo en sociedad, con conciencia individual y personal, es decir, finito por fuera (limitación espaciotemporal) pero infinito por dentro (conciencia reflexiva que anhela la inmortalidad). Un yo que, como conciencia personal, tiende a personalizar el Universo, y concibe así a Dios, cifrando en la esperanza en Él la contradictoria con-fianza en un porvenir eterno que asegure la eternidad de su ser hombre.

Por lo que respecta a la vida, he señalado ya que, como usted ha repetido en numerosas ocasiones, la vida es drama y es novela; y ahora añadido, con usted, que la vida es sueño y el sueño vida, a resultas de lo cual la conciencia despierta es, precisa y paradójicamente, aquélla que, soñando, sabe que sueña la vida, y por eso la vive, puesto que la vida es sueño y el sueño vida.

El hombre es, por lo que venimos diciendo –usted y yo, don Miguel– un yo-viviente soñador y novelesco, lector y escritor, que sueña que escribe su novela leyéndola en el libro de la vida, y lee su vida escribiéndola en la novela de su sueño. Pues la vida es, literalmente, –y nunca mejor escrito que aquí esto de “literalmente”–, la vida del sueño de una novela, novela del sueño de la vida;⁴³ y ya me imagino lo que nuestro insigne filósofo don Fulgencio Entrambosmares haría con estos conceptos si topase con ellos, y los hiciese caer bajo la aplicación de su *Ars magna combinatoria*: establecería en primer lugar la vida del sueño y el sueño de la vida, la novela del sueño y el sueño de la novela, la vida de la novela y la novela de la vida, sin descuidar, claro está, la vida de la vida, el sueño del sueño y la novela de la novela, para pasar luego a la consideración de: la vida del sueño de la novela y la novela del sueño de la vida, el sueño de la vida de la novela y la novela de la vida del sueño, la vida de la novela del sueño y el sueño de la novela de la vida; presumo, en fin, que bien podría desarrollar un hondo y

⁴³ Unamuno no sólo concibe así la vida humana, sino también la naturaleza: la biología se homologa con la antropología en una común forma literaria: el Gran Libro del Mundo en el que el hombre lee y escribe, y se escribe y se lee así mismo. “Todo es para nosotros libro, lectura; podemos hablar del Libro de la Historia, del Libro de la Naturaleza, del Libro del Universo. Somos bíblicos. Y podemos decir que en el principio fue el libro. O la Historia. Porque la Historia comienza con el Libro y no con la palabra, y antes de la Historia, del Libro, no había conciencia, no había espejo, no había nada. La prehistoria es la inconciencia, es la nada.” CHN, “Cómo...”.

jugoso tratado en que clasificaría en sus correspondientes lugares y analizaría con todo cuidado y minuciosidad cada una de estas interesantes y filosóficas combinaciones. Pero, dejando a nuestro estimado maestro en sus cavilaciones combinatorias, permítame que le cambie de tema, don Miguel: usted, como gran egocentrista y egoísta que es, no podía dejar de privilegiar su forma de ver y vivir la vida como la forma más intensa de vivirla; y así dice que no hay modo más auténtico, profundo y consciente de vivir que contando la vida.⁴⁴ Usted es, en efecto, un grandísimo egoísta, por más que se escude en esas argucias del “egotismo” y el “nos-ismo”.⁴⁵ No sea usted, don Miguel –precisamente usted, tan apegado a la sinceridad y amigo de llamar al pan, pan, al vino, vino, al pan, vino, y al vino, pan–, no sea usted hipócrita, ni disculpe con aparente ingenuidad su reconocida avaricia en asuntos económicos (pues, ¿qué es la religión sino una “economía a lo divino”, una economía de la eternidad?): su avaricia no es, en realidad, sino la manifestación material de su enorme egoísmo, un egoísmo tan descomunal que desemboca, como último paso de su ego-antropología, en el ego-teísmo: pues no se conforma usted con que Dios haya tenido la deferencia de crearlo, no; es usted tan egoísta y soberbio que no puede admitir esto si Dios no admite que, a la recíproca, usted también lo crea a Él: porque usted es, con los demás, su pensamiento en la historia humana. Es usted tan egoísta, que toma como modelo de vida y paradigma de actitud las de nuestro insigne e inmortal don Quijote, el ingenioso hidalgo de La Mancha, espejo y flor de la caballería andante, Caballero de la Triste Figura y Del León, egoísta entre los egoístas: no otro como él para deformar su visión de la realidad y la realidad misma a fin de ajustarla a la (des)medida de sus disparatados deseos.⁴⁶

⁴⁴ “Y escribir historia para siempre es una de las maneras, acaso la más eficaz, de entrar para siempre en la historia, de hacer historia para siempre. Y si la historia humana es, como lo he dicho y repetido, el pensamiento de Dios en la tierra de los hombres, hacer historia, y para siempre, es hacer pensar a Dios, es organizar a Dios, es amasar la eternidad.” (CHN, “Comentario”) “Contar la vida, ¿no es acaso un modo, y tal vez el más profundo, de vivirla? (...) Vivo ahora y aquí mi vida contándola. Y ahora y aquí es de la actualidad, que sustenta y funde a la sucesión del tiempo así como la eternidad la envuelve y junta.” (CHN, “Jueves 30-VI)

⁴⁵ Acerca del egotismo unamuniano, ver *STV*; respecto al nos-ismo, *CHN*.

⁴⁶ Para una exégesis del egoísmo unamuniano, analizado desde una perspectiva psicológica que lo incardina en el centro de su neurosis obsesiva, ver el *Unamuno a la luz de la psicología*, de Abellán. Para una exégesis del egoísmo exacerbado de don Quijote, analizada esta figura desde una perspectiva psicoanalítica, ver *Orígenes de la novela y novela de los orígenes*, de Marthe Robert, en Taurus.

En cierta ocasión, compara usted la vida a una partida de tute, o al hacer solitarios: conjugación de azar –o destino– y juego –plan, estrategia y desarrollo–. Todo es similar: vida y novela, novela y sueño –o ensueño–, sueño y drama, drama y política, política y moral, moral y religión, religión y tute. Usted, don Miguel, lo iguala todo, pero en el fondo de todo pone la contradicción. En el tute uno puede ganar o perder. Pero siempre acaba el juego; y, por tanto, pierde. A no ser que pudiera seguir jugando por toda la eternidad –que Dios le hiciera posible seguir haciéndolo–. Como la posibilidad de seguir jugando *ad infinitum* no parece racionalmente posible (la cabeza dice ‘no’), ¿qué queda? Sólo la jugada: lucirse en ella a fin de lograr su inscripción en la memoria de la posteridad (vanidad) o bien... planear una jugada, y jugarla, según la cual se postule la conservación eterna del yo...

Mas este postulado, con carácter de necesidad, sólo es necesario como mero deseo humano –voluntad de eternidad e infinitud del presente limitado y limitador del yo–: desde un punto de vista racional, no sólo no es necesaria nuestra eternidad, sino que es inexistente (no hay manifestación alguna de ella en la experiencia sensible); por eso queremos que exista Dios, un Dios que asegure nuestra vigencia eterna... Etc. etc.

A la avalancha de identificaciones confusionistas, añade usted otra, a saber: “Barajar los naipes es algo, en otro plano, como ver romperse las olas de la mar en la arena de la playa. Y ambas cosas nos hablan de la naturaleza en la historia, del azar en la libertad. (...) Los días vienen y se van como vienen y se van las olas de la mar; los hombres vienen y se van –a las veces van y luego vienen– como vienen y se van los naipes, y este vaivén es la historia.”⁴⁷ Así que, don Miguel, jugando al tute a la orilla del mar, donde viven fugazmente las olas: nacen, crecen, se desfondan y mueren; pero permanece la vida eterna del oleaje: la marea de la vida. Fíjese, don Miguel, que a pesar de lo que le odio, me gustaría estar en ese momento con usted: jugando a las cartas a la orilla del mar, respirando la brisa salada, mientras las olas vienen y van...

Quisiera terminar esta carta advirtiéndole algo que, aunque usted presintió, no tuvo el valor de reconocer explícitamente. Dice usted que “El hombre, en efecto, no se aviene a ignorar los móviles de su conducta propia, y así como uno a quien habiéndosele hipnotizado y sugerido tal o cual acto, inventa luego razones que lo justifiquen y hagan lógico a sus propios ojos y a los de los demás, ignorando, en realidad, la verdadera causa de su acto, así todo

⁴⁷ CHN, “Lunes, 4-VII”.

hombre, que es un hipnotizado también, pues que la vida es sueño, busca razones de su conducta.”⁴⁸ Pues bien, yo le puedo afirmar ahora, querido creador,⁴⁹ que no he muerto porque así lo decretara usted, sino que, muy al contrario, usted lo ha decretado porque así quería morir yo, y pasar a la eternidad literaria de este modo peculiar.

En fin. Le transmito recuerdos y saludos de sus otros personajes nivolescos, mis compatriotas del país de su ficción nivolesca. Nosotros los personajes, por estar instalados en la perspectiva eterna de la memoria social histórica de la humanidad, podemos contemplar su muerte terrenal, don Miguel, muerte que lo será de puro dolor espiritual, ante las atrocidades que verán sus ojos en el comienzo de la guerra fratricida española... Y, la verdad: no sabemos si reír o llorar esa su muerte “unamuniana”: Ay, la eterna y huidera tragicomedia humana...

Ya se acerca el fin: lo noto en este dolor de tripa, en los pinchazos en el vientre, el sudor helado en el cogote, los escalofríos en el espinazo, la progresiva rigidez en todos mis miembros...

Se acaba la novela de mi vida, mi vida de novela; se acaba este ensayo de carta o carta de ensayo; se me va la vida, ésta que leo y escribo, y con ella la suya, por mí revivida...

Se despide de usted un hombre soñador y soñado; un hombre soñador que soñó la novela de su vida y concluyó su sueño soñando que su autor lo sentenciaba a muerte –y, pese a ello, lograba dirigirle un escrito que el propio autor ignoraba, e ignoraría para el resto de sus días, hacia la posteridad, hasta su postumidad–; un hombre soñado por Dios, por usted y por tantos otros...

Un hombre, en fin, que se reconoce criatura suya, en la medida en que también se reconoce su creador, no sólo porque mi creación a cargo suyo lo recrease a usted, entrando yo, como personaje, a formar parte de la textura de su novela vital; también porque, a la sombra y la escondida de sus designios, he conseguido escribir esta carta que lo recrea a usted, convirtiéndolo, ya para siempre y sin remedio, en mi don Miguel, don Miguel mío. Del mismo modo que yo soy, afectuosamente,

⁴⁸ *STV*, “En el fondo del abismo”, hacia el final.

⁴⁹ Obsérvese la ironía de este “querido”: ¿Querido, quizá –aparte otros motivos– porque el propio A. quiso creer en Unamuno como su creador? [N. del G.]

Suyo

A. Pérez

Al fin, ahora sí, muerto. (Y, sin embargo...)

Hasta más ver, allá en la niebla
(de donde usted y yo, no lo olvide, don Miguel,
Venimos, y adonde hemos de volver)